

«La escuela
no puede sobrevivir
sin optimismo, sin
confianza en sí
misma».

**Prohibido
repetir**



**EDITORIAL
ROSAMERÓN**

Prohibido repetir

UNA PROPUESTA APASIONADA
PARA SALVAR LA ESCUELA

GREGORIO LURI

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2024, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Prohibido repetir

Primera edición: agosto de 2024

Segunda edición: septiembre de 2024

© 2024, Gregorio Luri

Imagen de cubierta: composición a partir de la ilustración de © KajaNi/Shutterstock

Imagen de las páginas 12-13: fotografía del patio de la Glen Park School de Gary, Indiana (EE.UU.), en 1918.

ISBN (papel): 978-84-128182-6-0

ISBN (ebook): 978-84-128182-7-7

Depósito legal: B 11682-2024

Diseño de la colección, cubierta e interior: J. Mauricio Restrepo

Compaginación: M.I. Maquetación, S.L.

Impresión: Arteos

Impreso en España – *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com

www.rosameron.com

Índice

Dedicatoria | 15

1. La sociedad abierta | 19

Raíces y piernas | 21

La escuela de la sociedad abierta | 28

«Estudio, trabajo y juego». El Plan Gary | 35

Un paseo no anecdótico por la excentricidad pedagógica | 43

Competencias, evidencias y visión tecnológica de lo humano | 48

Las evidencias, la fe y la fe en las evidencias | 57

Otras historias que ya he contado muchas veces... | 64

2. In PISA we trust | 69

La «era de las aceleraciones» | 71

Suecia o la ilusión ejemplar | 80

Finlandia o a peor va la mejoría | 89

Países Bajos o las marañas de la realidad | 104

Escocia o las premuras de la acción | 109

Francia o el desconcierto | 119

España o la dictadura de las buenas intenciones | 129
Innovación, pericias del futuro y pericias fundamentales | 143

3. Contra la equitativa vulgaridad | 153

La meritocracia, causa noble e imperfecta | 155
¿De qué te sirve saber matemáticas si no controlas tus emociones? | 163
Propuestas para una genuina educación emocional | 176
La infancia no es una clase oprimida | 185
El eterno retorno de lo nuevo o todo está bien, pero en su sitio | 194
¿El coste de la inteligencia va aproximándose a cero? | 204
El espejismo de lo neuro | 212
Escribir no es solo un medio de transmitir ideas | 221
La transmisión del conocimiento | 227
La instrucción explícita y la teoría del velcro | 238

4. Las reticencias pedagógicas | 249

Exámenes | 251
Deberes | 257
Disciplina | 260
La memoria | 262
La autoestima sensata | 266
Un problema que no tiene nombre: ser chico | 270
El pensamiento crítico | 277
Prohibido repetir curso | 283
¡Gracias a Dios por Misisipi! | 296

Epílogo. Escolarización no es instrucción | 303

Notas | 311

confianza







THE GARY *Schools*

Dedicatoria

EN LOS PRIMEROS DÍAS DE OCTUBRE DEL 2022, mientras estaba visitando varias escuelas de Bogotá y Medellín, recibí un mensaje del profesor Jorge Enrique Ramírez. Se había enterado de que estaba en Colombia y quería invitarme a dar una conferencia a sus alumnos del Colegio Julio Pérez Ferrero, de Cúcuta, una ciudad fronteriza con Venezuela que ha sido sucesivamente golpeada por guerrilleros, narcos, paramilitares, ejército y, ahora, por los cárteles mexicanos. Jorge Enrique Ramírez quería que hablase a sus alumnos de Sócrates. Contesté inmediatamente que sí, pero nada más enviar mi respuesta, el profesor me advirtió con seriedad: «Me he olvidado de decirle lo más importante: por favor, respete a nuestros alumnos, no se lo ponga muy fácil». No me han pedido nunca nada semejante en un centro educativo español.

Dos días después me encontré en el barrio Cundinamarca de Cúcuta ante un centenar de adolescentes de miradas expectantes, que esperaban, como pude comprobar inmediatamente, que, por respeto hacia ellos, efectivamente, no se lo pusiera muy fácil. Lo confieso, me emocioné, porque lo excesivamente

fácil impide que el escolar disfrute de las conquistas de su esfuerzo.

Dos años después, el 6 de febrero del 2024, visité la escuela de la sección de pediatría oncológica del hospital Montepíncipe de Madrid. Conocí a tres maestros excelentes dispuestos a enseñar matemáticas —matemáticas en sentido estricto, nada de matemáticas socioemocionales— a los niños enfermos sin tener en cuenta su esperanza de vida. Prefieren concentrarse en el hecho de que están vivos y en la convicción de que, para afirmar su vida, está muy bien que se enfrenten a retos intelectuales relevantes. Pasé varias horas en el centro, inolvidables porque fueron de tal intensidad que al salir del hospital tuve que llamar a mi amigo Ricardo Calleja para que viniera a recoger lo que quedaba en pie de mí.

A los maestros de Cúcuta y a los del Montepíncipe va dedicado este libro. No pueden hacerse idea de cuánto me ha dado que pensar mi encuentro con unos y con otros.

A los adolescentes de Cúcuta les conté una anécdota que nos transmite Apuleyo. Sócrates estaba dialogando con un grupo de jóvenes atenienses. Todos participaban en el diálogo, menos uno que permanecía callado. Sócrates se dirigió a él y le dijo: «¡Habla para que te vea!».

Comencé a escribir este libro teniendo muy presentes en mi memoria los rostros de aquellos profesores y alumnos. En aquel momento tenía claro el esquema que seguiría y, al menos a grandes rasgos, el contenido de cada capítulo. Podría asegurar que este libro estaba casi hecho cuando solo le faltaba la minucia de escribirlo, pero al ponerme manos a la obra se me fue despertando un zumbido de preguntas cuyas respuestas alteraron el proyecto inicial de tal manera que acabó siendo otro.

Por esta razón este libro quiere ser también un humilde, pero firme, homenaje a la escritura, porque escribir no es solo un medio de transmitir ideas; es, sobre todo, un medio de tenerlas, y posiblemente no haya sustituto para este tipo de conocimiento.



1

La sociedad abierta

«Apruébese la reforma. Luego veremos cuál».

Frase atribuida a BRAVO MURILLO

Raíces y piernas

¿Cómo sería la escuela de un hormiguero? No hace falta devanarse los sesos para contestar esta pregunta. Sería innecesaria. Todo lo que ha de saber una hormiga lo trae en su equipamiento de serie. Nace con todas las competencias que le van a hacer falta para los trabajos del futuro que, en su caso, son exactamente los del pasado. Todas sus necesidades son biológicamente **primarias**, y su vida se reduce a una constante repetición de lo mismo al servicio de una comunidad cerrada en la que cada miembro hace exactamente lo que tiene que hacer, sin pararse a pensar por qué lo hace. Para las hormigas no hay diferencia alguna entre su vida vivida y su vida pensada.

¡Qué diferencia con los seres humanos! Nosotros nacemos —aunque no nos acordemos de ello— ignorantes y desamparados. Nos **enredamos** continuamente con necesidades más existenciales que biológicas y hemos de afanarnos por abrirnos paso hacia el futuro trenzando biografías que no son intercambiables.

A las sociedades próximas al modelo del hormiguero las podemos llamar sociedades cerradas y a las alejadas del mismo sociedades abiertas. Las primeras viven cercadas por lo real; las segundas viven abiertas a lo posible.

Los conceptos de sociedad abierta y sociedad cerrada fueron utilizados ampliamente por Karl Popper como instrumentos ideológicos contra los sistemas totalitarios que, por definición, necesitan controlar minuciosamente la porosidad de sus fronteras para garantizar su propia supervivencia. Mientras la sociedad abierta protege y fomenta la libertad de circulación de personas, ideas, capitales y mercancías, la sociedad cerrada vive herméticamente **clausurada en sí misma** para preservar su visión del mundo. En las sociedades cerradas siempre hay algún poder convencido de que sabe cuidar de nosotros mucho mejor que nosotros mismos.

Popper recoge estos dos conceptos del extraordinario ensayo de Henri Bergson *Las dos fuentes de la moral y de la religión*¹. A Bergson lo que le interesaba comprender era, especialmente, el paso de lo cerrado a lo abierto, los motivos por los que los hombres comienzan a preguntar si el que siempre se haya hecho algo de una determinada manera es argumento suficiente para continuar haciéndolo de esa manera. A su entender, la diferencia entre sociedades abiertas y cerradas no radica en el contenido de sus leyes, sino en la manera de entender la ley. El sentido común del ciudadano, que es el sostén de las leyes, es radicalmente diferente en una y en otra sociedad porque se sitúa de manera muy diferente ante lo posible. En la sociedad cerrada —pensemos en Moisés— la ley es recibida imperativamente de una instancia sabia y lo posible

es temido; en la sociedad abierta, la ley es creada provisionalmente por hombres imperfectos y lo posible es estimulado. Pero como el incremento del sentido de lo posible siempre va en detrimento de la credibilidad de lo real (si algo puede ser de otra manera, su realidad actual es solo coyuntural), en las sociedades abiertas el ciudadano vive en la permanente tensión generada por la diferencia entre sus aspiraciones y su realidad. La vida pensada (añorada, imaginada o, simplemente, la vida en la que caemos sin querer, pero inevitablemente) es el juez permanente de su vida vivida y sus ocupaciones. La realidad pierde así consistencia y estabilidad.

Todos sabemos que nosotros, hombres del siglo XXI, seríamos incapaces de vivir en una sociedad cerrada. Nos ahogaríamos. Nos gusta la idea de que vivir es crecer, ir siendo otro. Pero, de una u otra manera, añoramos algo de la antigua consistencia y estabilidad. Por eso creamos instancias dentro de la sociedad abierta que nos protejan de la melancolía inherente al flujo permanente de todas las cosas. Necesitamos espacios que preserven la posibilidad de experiencias cerradas², en las que cada uno sabe cuál es su papel y el orden no está sometido a continuo debate, porque la vida humana parece perder en claridad lo que gana en complejidad. El más evidente de estos espacios fue el de la familia. Utilizo el «fue» porque las sociedades abiertas parecen traer con ellas una erosión de los límites entre las esferas pública y la privada y un progresivo dominio de la primera sobre la segunda.

No podemos librarnos de la melancolía producida por el flujo de las cosas sin caer o en el cinismo (la autonomía de la vida vivida) o en la alienación (la autonomía de la vida pensada). La escuela de la sociedad abierta también lleva en sí esta melancolía. Siente que ha perdido algo valioso que no podrá